XVIII
1679 (3)

EL BLASON MAS EXCELSO DE ESPAÑA, SANTIAGO EL MAYOR: SERMON,

QUE EN LA SOLEMNIDAD CELEBRADA

POR EL REAL CONSEJO

DE LAS ORDENES,

Y CON SU ASISTENCIA,

EN LA IGLESIA DE COMENDADORAS DE SANTIAGO

EL DIA PRIMERO DE AGOSTO

DIXO

El R. P. Fr. Vicente Facundo Labaig y Lassala, Agustino Calzado de la Provincia de Valencia, Lector en el Real Convento de la misma Ciudad.

DALO A LUZ

El Exc.mo Señor Duque de Hijar, Presidente del referido Real Consejo.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE DON BENITO CANO,
AÑO DE MDCCXC.

EXC.MO SEÑOR:

Pídeme V. E. este Sermon, que despues de haber formado la materia de su christiana y respetuosa atencion, quiere lo sea igualmente de la lectura pública. Nada tiene él de bueno sino la fuerza de la divina palabra manejada por un instrumento débil y pequeño; pero el noble y fervoroso corazon de V. E. supo sentir lo que mis labios frios no pudiéron explicar. ¿Y qué será ahora de este cuerpo inanimado y sin el socorro de la voz para disimular la deformidad de sus miembros?

La

La sombra de V. E. basta para hermosearle y protegerle; y los títulos que se hallan entre el hábito de las Órdenes Militares y el que viste su autor, son los mismos que pudiéron obligarle á ceder á confianza tan honrosa. El objeto del Sermon es magnífico, su Mecenas poderoso; allá va, pues, tal como sea, y lluevan sobre él tantas bendiciones quantas desea á V. E. su atento servidor y Capellan

Fr. Vicente Facundo Labaig
y Lassala.

Exc.mo Señor Duque de Hijar.

In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui. Ep. 1. ad Corinth. cap. 4. vers. 15.

Filios enutrivi & exaltavi. Isaiæ cap. 1. vers. 2.

SEÑOR:

Nada mas propio de una nacion noble y generosa por carácter, católica y religiosa por divina predileccion, que la tierna memoria y gratitud ácia el débil instrumento que habilitado en la adorable oficina de una parcial providencia la conduxo y elevó como por grados á una gloria tan sólida como indisputable. Amaestrada en la escuela de las verdades eternas é inefables, á beneficio de aquella magestuosa antorcha que ardiendo en lugar caliginoso difunde sin embargo el suficiente golpe de luz para discernir entre los bienes reales y aparentes, ó no hace sino un modesto y pasagero alarde de sus ventajas temporales, ó las obliga á ceder el campo á otras mas estables y mas dignas de su aprecio. ¿No es así á la verdad, noble, generosa, pero no ménos devota y religiosa

A na-

nacion Española? Porque al fin, ¿qué vienen á ser en tu estimacion tantas prerogativas en que compites, y acaso excedes á las mas gloriosas del universo, respecto de las que te merece el insigne Apóstol que reengendrándote en Jesu-Christo por medio del Evangelio, y alimentándote á los pechos de una doctrina celestial, y despues á los de la mas constante y visible proteccion, te ha grangeado el timbre singular de nacion Católica, que es la piedra mas brillante de la corona de tus Monarcas? Sí, Señores, á la amable luz que despide el hijo del trueno, el rayo de la guerra, mas sencillamente, Santiago el Grande, Patron de las Españas, desaparecen en cierto modo como sombras las grandezas humanas á los ojos católico-españoles para no fixarse sino en otras mas adaptadas á la nobleza de un ser racional, y exclusivamente dignas de la elevacion de su destino.

Por tanto, Señor, cedo gustosamente á otros en este dia el honesto empeño de perderse en la obscuridad de los tiempos antiguos y acaso fabulosos, á fin de descubrir la raiz, el orígen y progresion del árbol ge-

genealógico de nuestra España felicísima. Aplaudo sin violencia la honrosa ocupacion de tantos eloqüentes Panegiristas ó acérrimos Apologistas de la felicidad de su clima, de la utilidad de sus producciones, de la gloria de sus armas, del esplendor de sus letras, y en suma de la aptitud y superioridad de sus ingenios y talentos, á despecho de una envidia ó inconsideracion, no tanto extrangera como anti-nacional. Esfuércese enhorabuena el zelo, el pundonor y la erudicion patriótica, aunque no sea sino para mantener los imprescriptibles derechos de la razon, de la verdad, de la justicia, miéntras que yo pienso conducir la benévola atencion de V. A. á un objeto tanto mas digno de ella, quanto mas sagrado y análogo á la Religion que caracteriza al distinguido Cuerpo de Héroes Christianos á que tengo el honor de hablar esta mañana.

Sin contestar en modo alguno sus restantes glorias, mi designio es proponeros en Santiago Apóstol *el blason mas excelso de nuestra España*, porque á la verdad ningun otro es comparable con el de haber sido reengendrada por él en Jesu-Christo: *In*

Christo Jesu per Evangelium ego vos genui. Desde entónces entró en posesion de unos bienes de superior órden y gerarquía; y adoptados los Españoles por hijos de este Apóstol gloriosísimo, han sido sucesivamente exâltados mediante su proteccion á un grado de gloria singular é incomparable: *Filios enutrivi & exaltavi.* Resta, pues, exâminar las nobles calidades: 1.ª De este Padre que nos reengendró y sustentó con la doctrina del Evangelio. 2.ª De este Patron que nos ha exâltado con el mas seguro y sensible patrocinio.

V. Ave ya en bosquejo la materia del presente razonamiento. Santísima Vírgen, que viviendo en carne mortal os dignasteis formar en España de una coluna la amable cátedra para ser la Maestra de nuestro Apóstol y Patron, sedlo igualmente mia en un asunto en que tanto interesa vuestra gloria. Y pues sabemos que Juan era el discípulo amado de Jesus, acreditad en mí que Santiago su hermano es el discípulo amado de María. Alcanzadme para desempeñar su elogio los necesarios influxos de la divina gracia. *Ave María.*

PRI-

PRIMERA PARTE.

¿Qué viene á ser la gloria que no procede de la virtud? Un título ridículo, vano y contingente; una prueba de la pequeñez de aquellos que tanto sudáron para merecerla; un brillo equívoco que muere con deshonor, y cuyo nombre niega ó combate la buena filosofia. Destituida de auxîlio, de exemplo y de recompensa, como juiciosamente observa el grande hombre de la Iglesia Agustino mi Santo Padre, no puede apoyarse sino en las luces de una razon enfermiza, ó en las fuerzas de una naturaleza flaca y miserable. Las vicisitudes de los tiempos, la preocupacion de las naciones, el trastorno de los Imperios debilitan el grito de admiracion que produxó tal vez una empresa inspirada ó por el valor ó por la temeridad; borran un nombre que parecia ser eterno, pero que se pierde con una letra por ser su vida puramente gramatical; y sepultados con la tropa de los muertos estos animales gloriosos, como los llama Tertuliano, perece juntamente con ellos su memo-

moria. España, antigua España, aunque tu gloria sea tan brillante que la antigüedad de los tiempos no ha podido obscurecerla en sus tinieblas, ¿qué memoria puedes ofrecer á los siglos venideros que sea comparable con el testimonio eterno de la gloria de un Justo, y con la idea de la virtud de quien fué tu modelo, como tambien tu padre y tu maestro? Hasta que aportó en tus playas la barca de un pescador uno de los hijos del Zebedeo, ¿se abrió para tí el comercio de la luz y de la verdadera felicidad? Las varias y numerosas esquadras que se le habian anticipado atraidas de la insaciable hambre del oro jamas ancláron en tus puertos con el designio de ilustrar ó mejorar el continente, sino con el de ilustrarse ó mejorarse á sí mismas con tus riquezas y opulencia. Decantada cultura de los Fenicios, sutil astucia de los Cartagineses, refinada política de los Romanos, vosotras agravasteis las antiguas tinieblas de nuestro emisferio todo quanto le añadisteis de errores, de vicios y de supersticiones.

Ello es verdad que las flotas de Salomon, despachadas probablemente en busca de

de las preciosidades de esta region feracísima, hubieran podido iniciarla en el culto y adoracion del verdadero Dios conocido en Judea; mas nada de esto, hermanos mios. Semejante empresa estaba reservada toda entera para el que es infinitamente superior á Salomon. El Unigénito que está en el seno del Padre, enviado por él al mundo en calidad de luz, atemperada con el velo de la humanidad para alumbrar á los mortales, consumada que fué gloriosamente la obra á que habia venido, delegó ó transfirió su ministerio á doce pobres pescadores, que dotados de su autoridad, revestidos de su poder, y animados de su espíritu llevasen á execucion sus designios adorables: *Sicut misit me Pater ego mitto vos.* Con efecto, quanto mas dispersas entre sí por el furor de la persecucion estas preciosas piedras del Santuario, con tanta mayor copia y oportunidad esparciéron la luz por todo el universo, y sirviéron de fundamento al Imperio de Jesu-Christo dilatado hasta los confines de la tierra.

Este es el primer efecto de aquella divina vocacion á que fué llamado Santiago del

del modo mas seguro, y aun distinguido entre los demas Apóstoles. Y desentendiéndome por ahora de aquellos títulos de grandeza, de los lazos de carne y sangre con que nuestro Apóstol pudo estar unido á Jesu-Christo segun su nacimiento, me detengo solamente en su obediencia y singular sumision á la voz que le llama, le ilustra, le fortifica y le sostiene. Mas fuera de que semejantes relaciones, que no tienen parte alguna en la economía de un Reyno espiritual y divino, y solamente son apreciables á los ojos del ciego y carnal Israelita, seria en verdad asentir precipitadamente á una opinion destituida de todo fundamento segun el juicio de un erudito escritor de nuestro siglo (1). ¿Y qué mérito puede ser aquel en que no tenga lugar ni accion alguna la propia voluntad del sugeto? ¿Es por ventura el hombre y no Dios el que dispone de la suerte de los hombres, y señala á cada uno la clase ó condicion de su destino? Por el contrario, des-

(1) Hocidri, Discurso preliminar á su Biblioteca, y en la advertencia á los elogios de Santiago.

desprenderse de semejantes respetos que con tanto anhelo se apetecen, y muchas veces aun á costa de la verdad, y aspirar solamente á entrar en parentesco espiritual con el Salvador, y ser miembro de una familia de quien es Padre el mismo Jesu-Christo, es mérito, es un superior mérito, es un mérito que se acerca al heroismo. Jesu-Christo tiene dicho en su Evangelio que solamente mira como suyos y reconoce por su padre, por su madre y por sus hermanos á los que cumplieren la voluntad de su Padre sobre la tierra.

Segun estos principios ¿podemos dudar de la vocacion de Santiago y del feliz desempeño de su ministerio Apostólico? El glorioso testimonio que de Jesu-Christo habia oido en boca del Bautista; la respuesta de Jesu-Christo á la comision ó embaxada del mismo Precursor, por quien fué enviado nuestro Apóstol segun San Epifanio, parece le daban algun derecho de esperar las primeras distinciones; pero solo su amor pudo obligarle á fiarse de su palabra, á dexar la barca y seguirle. Es verdad que Santiago habia mamado con la leche unas

ideas del Mesías tan lisonjeras para su amor propio, que le hiciéron manifestar un vivo deseo de ocupar las primeras sillas en su Reyno quando pusiese en poder de Judá los despojos de los Reyes y de los Imperios; pero tambien es cierto que este violento impulso de ambicion, de que no se vió libre hasta que recibió la plenitud del Espíritu Santo, pudo haberle retraido de conocer al Mesías en la persona de aquel Jesus pobre y abandonado, errante y fugitivo en su misma patria; sin embargo apénas oye la voz de Jesu-Christo, le conoce, y le sigue: *statim*. Aunque es mucho lo que se le pide, sabe que es Jesu-Christo quien lo pide, y así sin examinar lo que se le manda, lo que se le promete, lo que ha de abandonar y lo que ha de padecer, solamente obedece á su voz: *secuti sunt eum.*

¡Quán distantes estamos, hermanos mios, de la conducta de este Apóstol fidelísimo! ¡Amable obediencia! Tú sola debieras ser el objeto de nuestra ambicion, porque tú sola gozas el privilegio de hacer inmortal la gloria de tus héroes. Pero nosotros, rebeldes las mas veces á la voz secreta de la divina inspiracion que nos llama, nos sacrificamos al interes, al ocio, á la vanagloria, exponiendo á las dignidades á ser la recompensa de la astucia y del engaño, el juguete de nuestras pasiones, el premio del vicio, y el patrimonio de la ambicion. Solamente á Dios, dice San Pablo, le pertenece el dar las virtudes que merecen la gloria, y distribuir la gloria que es la recompensa del mérito (1). ¿Qué no debiéron temer los Apóstoles al ver que Jesu-Christo no les daba mas auxilio, mas armas ni mas fuerzas que sola esta palabra *id y predicad*? ¡Pobre Pedro entre los Romanos! ¡Infeliz Pablo entre los Gentiles! ¡Desgraciado Tomas entre unos pueblos que habian enervado el brazo de Alexandro! ¿No se diria desde luego que estos eran unos hombres consagrados á la muerte, ú otros tantos Urías destinados por David al triunfo de los Ammonitas?

Sin embargo toda la tierra oye la voz de su predicacion Apostólica, y pasa desde el abismo de sus tinieblas á una luz y cla-

(1) *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo,*

clatidad admirable. Tú, España, oiste la del Apóstol Santiago. Sí, Señores, lo afirmo, y me ratifico en ello con ánimo de desentenderme por ahora de las prolixidades de una enfadosa crítica, y de las preocupaciones de una émulacion cavilosa. ¡No sino que hubiese yo de convertir en disertacion el presente panegírico! ¡No sino que los testimonios que yo pudiera producir en confirmacion de este dogma histórico añadiesen alguna fuerza al que declaró y aprobó ya la Iglesia en juicio contradictorio! ¿Como si no bastara, dice un autor nada sospechoso, una tradicion inmemorial, y ésta apoyada sobre la fe de los siglos precedentes, para conservar á España en la posesion de esta su gloria? *Inconcusa fides* (1). En fin ¿como si debieran recusarse tantos decretos Pontificios, y el juicio de aquellos sabios Historiadores cuyos escritos son como el archivo de la verdad donde se contienen los títulos que conservan á Santiago sus conquistas, á la España sus derechos, á la Iglesia sus decisiones, y á la

(1) Surio.

la tradicion toda su fuerza y evidencia?

Repito, pues, que tú, España, oiste la voz y predicacion de tu Apóstol Santiago; es decir, de un Apóstol caracterizado por el mismo Jesu-Christo con el misterioso y magnífico renombre de hijo del trueno, para que al espantoso estallido de su voz, y á la llama devoradora de su apostólico zelo se conmoviera la idolatría, temblara la supersticion, y se abrasase la infernal maleza de la impiedad, no solo en nuestro suelo, sino en las doce Tribus de Judá, segun dice San Gerónimo, errantes ya y dispersas en varias partes del mundo. De un Apóstol, que elegido con San Pedro y San Juan para ser el depositario de los secretos de Jesu-Christo, el compañero de sus vigilias y oraciones, y el testigo de sus mas extraordinarias maravillas, participa de su gloria en el Tabor, manifiesta el amor necesario para asistir al trágico espectáculo de sus temores, congojas y lágrimas en el huerto de las Olivas, y le constituye el espectador y testigo de la asombrosa resurreccion de la hija del Archisinagogo. De un Apóstol, en fin, que honrado con tan particu-

culares confianzas, y bebiendo siempre, á todas horas y á boca llena, los raudales de aquella Sabiduría increada, en cuya escuela fué instruido con preferencia á otros Apóstoles, fué el Intérprete de su doctrina, el Predicador del Evangelio, el Fundador de la Iglesia, la Víctima de la Religion. ¿Y qué motivos, pregunta San Juan Chrisóstomo, vió Jesu-Christo en Pedro, Juan y Santiago para tan gloriosas distinciones? El amor, responde este Santo Padre, porque Pedro amaba tiernamente, Juan era el discípulo amado, y Santiago tenia un amor intrépido, y un particular deseo de señalarse en el servicio de su Maestro con los mas grandes sacrificios (1).

Con efecto, si Jesu-Christo le ofrece las cruces, él las abraza; si le presenta amarguras, las devora; si la muerte misma, se convida á ella, y abre un camino hasta entónces ignorado y oculto á los demas Apóstoles: *possumus*. Samaria, que neciamente envidiosa cerraste á Jesu-Christo tus puertas, tú verás á este Apóstol que, olvidado

(1) Homil. 57. in Matth.

dado de la mansedumbre de su ministerio, pide al Cielo arroje rayos sobre tus muros; y no puede sufrir que en un pais donde fué tan severamente vengada la injuria hecha á un Profeta quede sin venganza la que se hace al Dios de los Profetas. Pero no busquemos en paises extraños lo mismo que hoy dia forma toda la gloria de España. En tí, nacion predilecta, en tí se vió renovarse este zelo, si ántes impetuoso é indiscreto, ahora dulce é ilustrado. Este hombre de fuego, este hijo del trueno, justificando su nombre con toda plenitud, centellea, aturde, conmueve é ilumina tu emisferio. Pero ¿y con qué armas? ¡Ah! No las conocisteis vosotros, Césares y Pompeyos, que nunca pudisteis sujetar enteramente á vuestras armas á una nacion que tantas veces resistió al brazo triunfador del universo. Ni tú, Caton, aunque instruido en los dulces atractivos de una eloqüencia artificiosa, llegaste á inspirar en tus soldados para la conquista de España un valor igual al de este hombre despreciable. No es este Apóstol alguno de aquellos conquistadores que acompañados

dos de armadas y de exércitos asustáron toda la tierra con solo el eco de su nombre; no es un Orador que instruido en la escuela de los filósofos posee el secreto de encadenar los corazones, y de tener suspensas de sus labios á las gentes: es un hombre solo, sin mas equipage que el de un peregrino; sin mas credenciales que el testamento que acababa de cerrarse y sellarse con la sangre de Jesu-Christo; y sin otras armas que la Cruz, instrumento de la flaqueza é ignominia.

Este es puntualmente el que medita la conquista de nuestro gran Reyno; el que acomete á una nacion tanto mas dificil de vencer, quanto era mas amante de su libertad; el que sujeta á la severidad de una nueva ley á unas gentes que siendo constantes en todos sus empeños se gloriaban de serlo en sus ritos y ceremonias religiosas, y estaban resueltas á perder ántes sus vidas que los Dioses que adoraban: á una nacion guerrera; á unas Provincias famosas por sus armas y sus soldados; que eran el seminario de los exércitos, y los maestros de Anibal en el arte militar;

tar (1); á unos pueblos que formáron por espacio de doscientos años el teatro de la mas sangrienta y obstinada guerra: que acabáron con exércitos enteros de Romanos: que fuéron por su valor y pericia militar el azote de sus mas esforzados Generales: y que supiéron cubrir de confusion y de vergüenza todo el orgullo de la soberbia Roma (2).

Sin embargo, al ruidoso estruendo de la voz de Santiago la idolatría queda sepultada entre sus ruinas; aquellos Dioses al parecer inmortales pierden sus adoraciones é inciensos debidos solamente al único y verdadero Dios; edificanse templos, erígense altares, renuévanse sacrificios, y aquel Jesus ignorado por los Judíos comienza á ser conocido y venerado de los Gentiles. ¡O quántas victorias en un solo combate! ¡O quántos triunfos en una sola victoria! Halla Santiago á los Españoles infieles, y los hace Christianos; los encuentra ambiciosos, y los vuelve humildes; y esta nacion, que en un solo elogio se vinculó las glorias de to-

(1) Lucio Floro.
(2) Veleyo Patérculo, lib. 2. Hist. Rom. cap. 90.

todas, siendo conocida y llamada terror del Imperio, *terror Imperii* (1), es despues el glorioso trofeo de los sudores de su Apóstol, las primicias del Reyno de Jesu-Christo, la hija y heredera de su espíritu, la conservadora de su fe y de su doctrina: *Per Evangelium ego vos geniui.*

Hablad si no vosotros, hijos de su fe, que impacientes por beber el cáliz con que Jesu-Christo mejoró á vuestro Padre os entregasteis al fuego y al acero, ¿no es Santiago quien os hizo olvidar á vuestra vida, y regar con vuestra sangre aquellos lugares que él mismo santificó con sus pisadas? *Ego vos genui::: & enutrivi.* Hablad vosotros, hijos de su espíritu, que conservasteis en todo su esplendor aquel precioso depósito de su doctrina, ¿no es Santiago el que colocándoos en las primeras sillas de este Reyno os dexó por zeladores y centinelas fieles en la Casa del Señor? *Ego vos genui::: & enutrivi.* Hablad vosotros, hijos de su zelo y de su pureza, si os hicisteis los unos

(1) El P. Duchesne dice que solo este elogio vale por muchos volúmenes enteros.

unos anatema por vuestros hermanos; si esmaltasteis los otros la cándida azucena de la virginidad con el carmin de vuestra sangre, ¿no fué Santiago el que os enseñó á conservarla inviolable como él hasta el último aliento de su vida? *Ego vos genui::: & enutrivi.* Generosos Mártires, zelosos Obispos, rígidos Anacoretas, inmaculadas Vírgenes, gloria y honor de la Iglesia de España; ¡ah! que vosotros os veis precisados á callar, y yo á no acordarme de ciertas peculiares glorias quando siento á mi corazon dar saltos en el pecho, y abrirse mis labios á impulsos de una santa alegría á fin de acordaros aquel ilustre monumento, no ménos de nuestra felicidad, que del zelo de nuestro Apóstol, el magnífico y angélico Pilar de Zaragoza. Pero quizá dimos ya en el blanco de la envidia, que negando la venida de Santiago á España, pretendió derribar aquella gloriosa coluna donde afianzó nuestra fe, y atraxo sobre nosotros las bendiciones de la Santísima Vírgen. Como quiera, este es un testimonio donde se lee con caractéres indelebles, que si Santiago nos engendró y alimentó segun

el Evangelio: *ego vos genui per Evangelium::: filios enutrivi*; nos sustenta todavía por medio de la mas sensible proteccion: *per Evangelium ego vos genui::: & exaltavi.* Cumplió, en fin, con nosotros los oficios de un buen Padre, y cumple todavía los de un Patron especialísimo. Respiremos algun tanto ántes de entrar en la

SEGUNDA PARTE.

Si la obscuridad y sucesion de los tiempos no nos ha privado de la noticia de muchas gloriosas acciones que Santiago obró á favor de los Españoles durante su vida, yo me tomaria el trabajo de recoger estas hermosas flores para adornar su panegírico, y justificar su proteccion ácia nosotros. Mas no por esto tenemos motivo para quejarnos, porque hay ciertas acciones que ellas solas bastan para darnos á conocer una alma grande con mas vivos colores que los mayores prodigios y las hazañas mas heroycas. Sabemos que España recibió de Santiago, como por en derecho de herencia, el gran capital de fe y religion que plantó y re-

regó en ella; y que Dios bendixo sus sudores despues de la muerte de nuestro Santo con aquel aumento, multiplicacion y estabilidad que la acreditan de católica. Sabemos que su ardiente zelo, que solo aspiraba á padecer, le hizo peregrinar por tantas y tan inmensas regiones, que dudáron algunos si fuéron muchos ó uno solo el Santiago que predicó en España, y el que murió en Jerusalen. Y sabemos, en fin, que fué martirizado en la capital de Judea el primero entre los Apóstoles. De aquí, pues, saco yo una prueba de su proteccion, que si á primera vista parece violenta, no dexa por esto de ser sólida y constante.

Habia visto Santiago en los viages en que acompañó á Jesu-Christo á las Ciudades de Israel y de Judá, y á los campos de Samaria, que no siempre correspondiéron los frutos á las fatigas de su Divino Maestro. Sabia que el precio infinito de su sangre sacrosanta no fué conocido hasta que salió gloriosa del sepulcro su Esposa la Iglesia. Acordábase que el mismo Jesu-Christo habia dicho á sus discípulos que ellos obrarian muchos y mayores milagros que

que él: *majora horum faciet.* Y últimamente, conocia que Dios da el incremento á la semilla, despues de plantarla y regarla el operario. He aquí, pues, por qué Santiago se adelantó tan apresurado á la muerte. Veia que esta tierra cubierta de espinas no ofrecia sino una mies muy escasa á sus sudores (1). Veia que esta nacion, teatro de su penoso ministerio, no doblaria enteramente su cerviz á las verdades que la predicaba, á ménos de no confirmarlas con el poderoso testimonio de su sangre. Veia, en fin, que para ser el Protector de nuestra fe, debia ser la primera víctima del Evangelio. ¿Pero seria justo que unos hombres, á cuya custodia y defensa habia Dios destinado á este Angel tutelar, fuesen los primeros que tiñesen las manos con su sangre? ¡Ah! Si los Españoles resistiéron á los desvelos y fatigas de Santiago, todavía juzgáron conveniente respetar una vida que esperaban se sacrificase á la conversion de todos ellos. Cree, y está firmemen-

(1) *Durior Hispania fuit, nec facile fidem Christi suscepit.* Joan. Osor. in fest. S. Jacobi.

mente persuadido nuestro Apóstol, que entónces verá crecer y multiplicarse aquellos pocos granos sembrados en esta tierra ingrata, quando bebiendo el cáliz de Jesu-Christo participe del triunfo de su Pasion y Muerte; quando elevado á un grado supremo de privanza en el Reyno de los Cielos ocupe una de las primeras sillas donde deben sentarse los que han de juzgar á las naciones; quando revestido de un poder y gloria inmortal, venga á ser el Protector de unas gentes á quienes tanto amó en el curso de su vida.

¿Qué pueblo, pues, elige Santiago para el complemento de tan heroycos deseos? El mundo entero seria aun corto espacio para su zelo si no temiese encontrar en otras gentes aquella compasion que el furor y crueldad le negaban en su patria. A este fin dirige sus pasos ácia aquel Israel ciego y deicida que habiendo sacrificado á su Maestro no ofrecia mas lisonjeras esperanzas al discípulo. Cruel tirano, tu falsa política, y conocido interes de complacer á un pueblo amotinado, te hizo echar mano de esta víctima, y degollarla al duro

ro golpe de tu espada. Herodes inhumano, entre los discípulos de Jesu-Christo que habitan en Jerusalen ¿acaso no encuentras otro mas apto que Santiago para saciar el furor de la sinagoga? Ya lo entiendo; debias tú por este medio erigir el monumento mas augusto y durable á la gloria de nuestro Apóstol, y que mejor manifestase á las edades futuras que entre todos los discípulos de Jesu-Christo era éste el mas digno de nuestra admiracion, pues fué el mas digno de los furores del pueblo judayco. Que su vida era la mas útil y gloriosa á la Religion, pues juzgó tu política ser necesario acabarla. Porque ¿no es evidente que tú mismo le publicas por el mayor entre los Apóstoles quando le escoges para ser su primera víctima? ¿Podemos nosotros formar á nuestro Santo otro elogio igual al que le hace el odio de sus enemigos? ¡Detenéos, hombres ciegos! ¿qué es lo que haceis? Vosotros creeis pelear contra Santiago, y peleais por él. Vuestra espada no podrá despojarle de su proteccion, y si llegais á quitarle la vida, le habréis hecho el único bien que desea.

Ofrez-

Ofrezca la Ciudad Santa de Jerusalen á otros sus honores y su trono; llamen los demas Apóstoles á las naciones que vendrán apresuradas á ocupar el lugar del infeliz Israel; grangéense los honores y aplausos del mundo santificado, Santiago les cede con mucho gusto todos estos triunfos, porque su zelo solamente aspira á los mayores trabajos. Ya no es aquel discípulo ambicioso que codiciaba los primeros puestos del Reyno de David, sino un Apóstol que mejorado en las ternuras del celestial Jacob fué constituido Capitan y Xefe de la Milicia Apostólica, como lo fué el invencible Judas entre las Tribus de Ruben, de Simeon y de Leví (1). Concédase á Pedro la primacía en la autoridad; sea Andres el primero en la vocacion; gloríese Juan del privilegio de amor; Santiago hace solamente alarde de ser el primero que abre paso á sus hermanos por el mar roxo del martirio; de ofrecer generosamente una vida que ántes habia ya sacrificado en la voluntad; de ser el General á cuyo exemplo

(1) Gen. cap. 49. vers. 1.

pló habian de hollar los demas Apóstoles las embravecidas y tempestuosas olas de la persecucion y tiranía. Muera, en fin, Santiago, y sea su muerte objeto de la malvada complacencia de los Judíos; éste será el mayor mérito de nuestro Apóstol, en sentir de San Juan Chrisóstomo, porque la ambicion, interesada en mantenerse en el trono, juzgó pagar suficientemente á los Judíos el derecho de mandarlos entregándoles la cabeza Santiago (1).

¡Felices mil veces, hermanos mios, los que, como nuestro Santo, tienen la dicha de ser víctimas de la fe de Jesu-Christo! ¡Pero felices tambien aquellos á cuyo beneficio fué sacrificada! Este es el dichoso momento en que España comienza á sentir la proteccion poderosa é inalterable de su glorioso Patrono, y el fruto de su muerte preciosa. Quanto con mayor priesa procura la bárbara infidelidad arrancarle la vida, tanto mas prontamente se labra la felicidad de España. Sabemos que el Santo Patriarca Jacob, estando ya cercano á su muerte, no

(1) Chrisost. in cap. 12. Act. Apost.

no pidió otra gracia á su hijo Joseph, Vice-Rey de Egipto, sino el solemne juramento de no enterrar sus huesos en Egipto, patria agena y peregrina, sí solo en Mesopotamia en la compañía de sus padres (1). ¡Extraño suceso por la verdad, si lo comparamos con nuestra antigua y piadosa tradicion! Jacob muerto en una tierra extraña desea ser sepultado en su patria; Santiago muerto en su patria quiere ser sepultado en una tierra extraña. ¿Acaso las injurias que recibió de sus compatriotas pudiéron obligarle á que exclamase qual otro Scipion Africano: *Ingrata patria, ossa mea non possidebis*? ¡O patria mia! que no llegaste á conocer al celestial Médico que vino á visitarte; Jerusalen, Jerusalen, que diste muerte á los Profetas y al Dios de los Profetas, si ofreciste cuna á mis huesos, no podrás dar sepultura á mis cenizas: *Ingrata patria*, &c. Tú me viste nacer y morir, pero una oculta y superior providencia me hará triunfar quando muerto de aquellos que no recibiéron mis palabras quando vivo: *Ingrata patria*, &c. Sin

(1) Gen. 47. vers. 30.

Sin perjuicio de la humildad de nuestro Santo Apóstol puse estas palabras en su boca, no porque fuera capaz de odio ó de venganza un hombre que, á imitacion de su divino Maestro, rogó por sus enemigos, los perdonó, é hizo participantes á algunos de ellos de su misma palma y corona; sino para manifestar el orígen de su visible y desinteresada proteccion. Porque ni tú, España, todavía idólatra y supersticiosa, merecias esta última prueba de preferencia en el amor de tu excelso Patrono. Aquellos pequeños crepúsculos que reverberaban entre la sombra y obscuridad no bastaban á anunciar la hermosa luz y claridad del nuevo Sol que empieza á rayar en tu horizonte. No obstante, esta voz de trueno, comprimida en las entrañas de la tierra, se dexa oir ya en la region del ayre. Santiago aparece nuevamente sobre nuestro emisferio, pero revestido de un poder contra quien no hay fuerza ni consejo. Las pálidas cenizas que el pueblo Español adora como trofeo de la fe católica parecen recobrar nueva vida y aliento á sola la invocacion de su nombre. Al fuego devorador que

que despide el rayo de la guerra se consume la impiedad, reflorece la Religion, las naves enemigas quedan sepultadas entre las olas de un mar embravecido, huyen las fieras presurosas ocultándose en las cavernas subterráneas, tiembla el tirano, queda vencido el Agareno, y todo nuestro continente toma un nuevo y brillante aspecto á la sombra de la Cruz de Jesu-Christo.

Pero ¿quién dixera, hermanos mios, que la fe establecida en España como obra de una mano verdaderamente maestra y apostólica; que la fe, este fanal divino que colocado por Santiago en medio de ella habia disipado la densa niebla que la envolvió por tantos siglos; que la fe, este cuerpo luminoso y brillante, en cuyo ocaso todo es obscuridad y sombras de la muerte, habia de padecer un funesto y total eclipse en medio del siglo octavo? No hablo de aquellos bárbaros conquistadores Silingos, Alanos, Vándalos y Suevos (1), que con el fuego y el hierro entronizáron en España el error de Arrio, hasta la feliz dominacion del

(1) Siglo V.

del pisimo Recaredo. Este impetuoso torrente todavía respetó la raiz de la Religion, que se desplegó despues en su nativo esplendor y lucimiento. Mas funestas memorias se revuelven en mi mente. La espantosa irrupcion ó inundacion de Sarracenos en tiempo del Rey Don Rodrigo, conducidos ó por el alevoso resentimiento de un vasallo, ó por la provocacion é irritacion de la justicia del Cielo. ¡Qué furor! ¡Pobre España! ¡Desgraciado Reyno de Jesu-Christo en que viste cerrarse para tí los Cielos, en que el dragon, devorando las palomas escondidas, cumplia á la letra la prediccion de San Juan (1). De Africa sale una monstruosa inundacion de bárbaros que despojan nuestras Provincias. El nombre de Jesu-Christo no sirve mas que para añadir nueva rabia y actividad al furor de los enemigos. En vano corrian los hijos desalados al seno de sus padres, en vano los padres se confiaban á la ternura de sus hijos, en vano los consortes apelaban á los lazos de su mutuo amor y fidelidad; unos y otros testigos de su muerte cedieron las vi-

(1) Apocalips. cap. 7.

vidas ó al duro golpe del alfange, ó á impulsos del dolor mas lamentable al ver violados los templos, demolidos los altares y aprisionados sus Sacerdotes; en fin toda esta heredad hecha posesion de los extraños.

¿Y qué es ahora de la fe de nuestra España? ¡Ah! Yo la veo reducida á un solo áspero y montuoso ángulo de ella (1), no de otro modo que el fuego del Santuario perseveró escondido durante la cautividad en unos pozos desconocidos y profundos en los tiempos de Jeremías. Pero dexad que el Sol de España centellee sobre esta agua crasa en que se convirtió el fuego: dexad, digo, que Santiago su Patron reanime estas reliquias de su nacion favorecida; veréis un exército ó esquadron pequeño, sí, pero que capitaneado por el hijo del trueno todo se compone de rayos Españoles. Veréis las tiernas Vírgenes víctimas desgraciadas de un furor injusto, precioso tributo de una libertad dudosa y vacilante, recobrar su deseada tranquilidad, ayudadas por el valor y zelo del Rey Don Ramiro. Veréis en los Pelayos, Al-

(1) Asturias.

Alfonsos, Jaymes y Felipes renovada la gloria, las leyes y la libertad de su pueblo. Mérida, Clavijo, Coimbra y los campos de Xerez viéron á este esforzado Capitan sobre sus muros, y al frente de sus exércitos, poner en fuga al enemigo, enervar el brazo fuerte, fortalecer el flaco y fatigado, y recoger los gloriosos trofeos de su proteccion, no solo como Santo, sino tambien como soldado (1). ¿Quién obró tales maravillas? *Quis hoc operatus est?* La diestra del Excelso á peticion de Santiago. El combate con nuestros soldados, y estos no son invencibles sino en quanto es suya la victoria: *victoria reputabitur tibi.* El coloca dos espadas en nuestras manos, con la una forma los héroes del estado; con la otra los héroes de la fe. Desde aquellos tiempos se descubre el orígen de la célebre Órden que milita baxo su nombre, llamada por excelencia la *Noble*, establecida por Fernando II de este nombre en defensa de la fe, cuya pureza, consistencia y propagacion por un nuevo é ignorado mundo, no tanto debe mirarse como un efecto del zelo de nuestros Monarcas, de la piedad de sus naturales, y de los importantes servicios hechos á la Religion y al Estado por los Caballeros de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa; sino como testimonio de la proteccion de nuestro Santo Apóstol, y como un glorioso empeño de sostener el que contraxo al reengendrar á nuestros mayores en Jesu-Christo: *In Christo Jesu, &c.*

(1) Muchos Monarcas de España consignáron á Santiago una parte de los despojos de los enemigos, como un soldado que peleó en dichas campañas. Véanse las Historias de España.

Yo, Señor, he hablado hasta aquí sobre un hecho de que no intento entrar en una entera discusion. Si algun erudito nimiamente escrupuloso me notase haber deducido las pruebas de este elogio de un principio dudoso y disputable, testifico á presencia de Dios, y de su Hijo Jesu-Christo, que mi ánimo no ha sido formar una oracion apologética, sino un discurso solamente christiano. A este fin propuse la fidelidad de Santiago, sus peregrinaciones, sus trabajos y su martirio. Por lo demas repito con San Pablo: *Quid mihi, si per omnem occasionem & in omni modo Christus annuntietur?* Fuera de que, quando nuestro Santo

no hubiera sido Apóstol de España, siendo solamente Apóstol de Jesu-Christo bastaria para justificar mi primera proposicion: llamarse Padre de nuestra fe, y decir con todo derecho: *filios enutrivi*. Por lo que toca á la segunda, nadie puede dudar de ello, contestando así el alto como el baxo pueblo haber sido los Españoles el objeto de la proteccion de Santiago, y éste *el blason mas excelso de España: Filios exaltavi*. Si he abusado sobradamente de la atencion de V. A. atribúyase á la flaqueza de mi pobre entendimiento, que no pudo comprehender en un tiempo mas breve acciones tan heroycas. Oxalá pudiese yo formar en cada una de ellas, si no un Apóstol, por lo ménos un buen Christiano. Mas todo lo podemos, hermanos mios, con la gracia de Nuestro Señor Jesu-Christo, y en este sentido le decimos al Señor lo mismo que dixo nuestro Padre y Patrono: *possumus*. ¡O Señor! Vos nos conoceis, todo nuestro corazon es vuestro; hablad, y una sola palabra vuestra bastará para que derramemos hasta la última gota de nuestra sangre. Esta desea ya salir de nuestras venas para dar testimonio de

de nuestro amor. Felices nosotros si á la gloria de vivir con Vos añadimos la de morir por Vos: *possumus*. Santo Apóstol, vuestros son estos deseos, y tales son los de vuestros hijos. Dadles el último complemento en el Cielo así como nos los habeis inspirado en la tierra. Florezcan enhorabuena los Españoles al rededor de vuestro trono; pero formen tambien un pueblo aceptable y profesor de las buenas obras que os vió practicar en medio de ellos. Seais por siempre nuestro Padre y Patrono aquí en la tierra, y nuestro gozo y corona por una eternidad en el Cielo. Amen.